

¿QUE ES UN SIGNO EN PSICOANALISIS?

Enrique Alba

“La palabra es mitad de quien la pronuncia
mitad de quien la escucha” M. de Montaigne.

“La Máxima Pragmática de Peirce nos propone averiguar el significado de una concepción intelectual a partir de las consecuencias prácticas que podrían resultar de la aceptación de dicha concepción” François Latraverse

Síntoma, signo y señal.

Desde la perspectiva clásica de la clínica médica se considera signo a aquella evidencia objetiva que puede ser recogida por el observador sin que necesariamente sea reconocida por el paciente. Un signo típico es el del color amarillo del ojo, que, aunque no haya sido detectado por un sujeto, un observador atento podrá reconocerlo. Otra cosa es un síntoma, que implica el reconocimiento subjetivo de un sujeto que de una u otra forma lo padece. Para el reconocimiento del síntoma no hace falta un tercero que lo reconozca, ya que es el propio sujeto quien lo reconoce, siendo el más típico el dolor. El síntoma viene a ser la más clara expresión del surgimiento de un padecimiento, si consideramos, como dice Calgheingim, que la enfermedad es, para un sujeto, la pérdida del silencio del cuerpo.

Si nos retrotraemos a los orígenes del psicoanálisis podremos observar que los primeros casos tratados por Freud fueron casos en los que el padecimiento central de sus pacientes eran los trastornos motores y de la sensopercepción acompañados o no con angustia. Y en este punto síntomas y signos se superponen ya que el trastorno motor objetivable tanto para el observador como para el sujeto puede coexistir con un estado de angustia o no, como sucede con la “belle indifférence” histérica. Mas allá de los síntomas del padecer del paciente Freud busca signos objetivo, para el caso fisiopatológicos, desde los cuales organizar las diferencias entre un cuadro claramente orgánico, que responda a los preceptos de su saber médico, pero que contrastan con signos que no se articula y se contradicen con este. Y es en tanto que no encuentra una coherencia entre los signos que organiza el saber médico y los síntomas que padece el paciente que encuentra la causa psíquica del padecimiento orgánico con la “esperanza de devolver al enfermo en breve tiempo su sensibilidad normal” (I, p.34)

No obstante, solo un observador experimentado podrá dar cuenta de la importancia de aquello que puede pasar desapercibido por el sujeto. En este sentido es la experiencia y el conocimiento del observador quien podrá dar cuenta de la relevancia de ese signo desapercibido por el sujeto. Por supuesto que no todo signo pasa desapercibido para un sujeto y en mucho caso es ese signo objetivo el que determina cierta interrogación que puede llevar a una consulta, como puede ser una mancha en la piel. En ese caso, aunque el sujeto no sepa que implica esa mancha, si percibe que es algo inusual por lo que recurrirá a otra persona para que pueda dar cuenta de eso.

En esta perspectiva lo que aparece como signo es el dato que no es coherente y es contrario al saber médico de Freud en tanto la organización fisiopatológica del cuadro somático no se corresponde con la organización fisiopatológica esperada. y que lo lleva a pensar en alguna otra causa que debería ser de otro orden. Si el síntoma era conocido, en tanto formaba parte de la nosología compartida y organizada en síndrome (conjunto de síntomas y signos) – según las enseñanzas de Charcot- el signo lo interrogaba y lo cuestionaba en cuanto a la causa del padecer. Sobre todo, cuando corrobora que el síntoma se resuelve no con una práctica ejercida sobre el cuerpo, sino con una práctica de palabra. Y de esta forma, a partir de ese signo constituye el objeto de su investigación.

Es interesante destacar el uso lingüístico del signo (zeichen, como signo de realidad objetiva-realityszeichen)(I,371) que Freud diferencia de señal (signal) como en señal de displacer (A, XX,88) o señal de angustia (angstsignal)(XX,119). Y la diferencia parece estar dada porque si el displacer es un proceso puramente económico, la angustia *“no es producida como algo nuevo a raíz de la represión, sino que es reproducida como estado afectivo siguiendo una imagen mnémica preexistente”* (XX, 89) como símbolo mnémico (Erinnerungssymbole). De esta manera en sus usos diferencia, lo que es señal y de lo que es signo. En ese sentido la señal se refiere a la repetición de un proceso económico que pone en juego un símbolo preexistente, mientras que el signo pareciera ser más básico, originario o primordial, perteneciente al campo de la pura percepción y no de la rememoración de una imagen mnémica preexistente.

Pearce y el triángulo semiótico.

En 1883 Peirce publica sus *Sudies in Logic* en Pennsylvania, USA, mientras Saussure dictaba sus cursos de Lingüística en Ginebra y Freud comenzaba su práctica clínica en Viena. Ninguno se conoció y sin embargo los tres centraron, desde distintas perspectivas, sus preocupaciones por los estudios de la palabra y el lenguaje. Freud desde la perspectiva de la importancia del lenguaje y la palabra en su clínica, Pearce desde el fundamento de una filosofía pragmática del lenguaje y Saussure como una forma de diferenciar las perspectivas filológicas de una determinación estructural del signo lingüístico. Y si bien en Viena en 1929 se publica el programa titulado *La visión científica del mundo*, como manifiesto del llamado círculo de Viena, influido fuertemente por la filosofía del lenguaje y el pragmatismo anglosajón, no pareciera haber sido una referencia importante en los trabajos de Freud.

Sin embargo, la importancia que tiene Peirce es el lugar que le da al interpretante en la relación con el signo y el objeto, que destaca Lacan en el seminario 19, y que pone en juego la función del analista y de la interpretación en un psicoanálisis.

Peirce en su triángulo semiótico va a considerar una situación triangular en la que definirá los tres vértices necesarios para la constitución de lo que llama el signo. Un vértice lo constituye el “representamen”, o signo, que se diferencia del objeto, que ocupa el segundo vértice. Lo particular del representamen es que está constituido por dos signos, ya que el objeto se define en la repetición de estos dos signos de diferente valor. El primero en potencia, tomara existencia por el segundo, y en la relación se constituye el objeto. Me parece que esta forma de presentar al representamen es interesante en tanto podría aclarar en tema de la señal de angustia en tanto *“reproducida como estado afectivo siguiendo una imagen mnémica preexistente”* (XX, p. 89) que toma existencia como señal de un objeto que, en un contexto determinado, se constituye en función del interpretante. En Juanito es el nuevo valor que este le adjudica al caballo a partir de la fobia. Si antes podía el caballo formar parte de sus juegos,

ahora es objeto de una fobia. Y de una fobia que converge en el final de un estado de angustia difusa preexistente.

Es interesante también en Peirce el concepto de “ground” que implica a toda la situación en la que se constituye el triángulo semiótico, ya que en la misma está implicado el interpretante, en tanto le da sentido a esa situación. Y justamente es Juanito, quien, ante la nueva situación, en que ha sido rechazado por su madre en “los mimitos”, quien, como interpretante, le adjudica un nuevo valor al caballo. Si antes era objeto de juego, ahora es un objeto de temor.

Peirce va a considerar especialmente el concepto de lo que estando en potencia toma existencia en el acto del interpretante que constituye al objeto inscribiéndolo como existente, a partir del representamen, que como dijimos está constituido por esos dos signos. Considera entonces el estatuto de lo pre-existente como inexistente, como un vacío, en una lógica que remite al conjunto vacío que existe en tanto forma parte necesaria de todo conjunto. Y que en una perspectiva matemática replantea el lugar del cero en la relación con el uno y el cero en la serie de los números naturales, que nos reconduce al problema de la repetición y el origen de la repetición. De esta forma podríamos decir que lo pre-existente es lo inexistente que toma existencia en la repetición y de lo cual va a dar cuenta el interpretante.

¿Quién es el interpretante?

En el texto “La interpretación de los sueños” se clasifican los sueños en “soñados por Freud” y “soñados por otras personas”, dentro de estos están los “soñados por pacientes de Freud”. Me parece útil esta distinción ya que apuntan a distintos contextos, quizá también a diferentes objetivos. Los primeros, como el Sueño de Irma, a poner en evidencia la lógica del trabajo del sueño, el principal motivo por el cual Freud reclama una placa recordatoria. Los últimos son los que ponen en evidencia el efecto clínico que el análisis del sueño tiene en la cura.

Se podría preguntar sobre los efectos que en la cura tiene la interpretación de los sueños más allá de aclarar el sentido de los mismos, y esto es lo que se plantea Freud cuando observa que no alcanza el análisis del sentido del sueño y que la parte más importante, dirá en 1923, se jugara en el lugar que el mismo tiene en la transferencia (Los límites de la interpretabilidad de los sueños XIX, p 129) Por eso dirá que, en un análisis, todo sueño es un sueño soñado para el analista, o sea para ser interpretado por este. El sueño del “canal” agregado en La interpretación de los sueños en 1919 (V p. 512) es ejemplar en ese sentido, ya que una paciente escéptica, en un sueño, en que alguien le cuenta sobre el libro de los chistes de Freud *“se menciona algo acerca de un “canal”, quizás otro libro en que aparece el canal, o si no algo con canal...ella no sabe...es totalmente oscuro.* Freud supone que *el elemento canal se quiere sustraer de la interpretación*, puesto que es tan impreciso, y yo agregaría, pero retorna en la repetición para, ser tenido en cuenta. *A la soñante no se le ocurre nada sobre canal*, y a Freud tampoco. Sin embargo, a la paciente no se le escapa la importancia de ese elemento, esa palabra oscura, que queda en suspenso, como una interrogación que deja algo en potencia. Y es la propia paciente quien en la siguiente sesión retoma la palabra canal para relacionarla con un chiste que oyó contar y que surge en una conversación en la que supuestamente un inglés dice “de lo sublime a lo ridículo hay un solo paso” y un francés responde “si, el paso de Calais” insinuando lo sublime de Francia y lo ridículo de Inglaterra.

que en la sesión siguiente es retomada con el recuerdo de un “chiste”. Freud resalta al elemento canal como alusión a un fragmento del inconsciente, y al escepticismo que se oculta en la enferma. Sin embargo, es la propia paciente quien retoma ese “elemento canal”, por interés propio y/o por el silencio de su analista, ya que es él quien supone, que en él se manifiesta algo que quiere sustraerse a la interpretación. Mi impresión es que ya sea para el analista, ya sea para la paciente, “canal” es ese elemento *tan impreciso* que llama a la interpretación. O sea, al análisis, que la paciente despliega, siendo la conclusión aportada por ella misma. Al mismo tiempo que, al encontrarla en el recuerdo de un chiste, revaloriza la función del mismo, y de su analista, más allá de su escepticismo. Da la impresión que Freud destaca en la transferencia de huellas mnémicas, del “elemento canal”, el motor del análisis, que va más allá de una transferencia escéptica a *las interpretaciones del analista*. De esta forma, lo sustancial del elemento canal se impone en el trabajo del paciente, sirviendo el chiste, más allá del escepticismo, como un elemento fundamental de sus asociaciones. Incluso se podría pensar como una forma de superar el escepticismo transferencial. Entonces lo que no es un chiste es la relación del paciente con el trabajo del sueño, que se imponen más allá de todo escepticismo, relegando los sentimientos hacia el analista a un segundo lugar.

Llegado a este punto podemos pensar que no toda interpretación en el análisis es dada por el analista, y que la función de la misma es fundamentalmente servir al trabajo del desciframiento del sueño o a la elaboración. Cuando Freud piensa que será recordado por haberle sido revelado el secreto de los sueños no lo es tanto por el contenido o sentido de los mismos, que siempre es incompleto, sino porque *el sueño se da a conocer como un cumplimiento de deseo* (IV, p.141) que se da desfigurado. Y la interpretación analítica se presenta como el trabajo de desentrañar esa desfiguración. Podemos decir que el sueño, como los síntomas, a la manera de los “Recuerdos encubridores” (III, p.291) o las fantasías (Pegan a un niño, XVIII, p.173) es la figuración de un deseo que es desfigurado, acorde a las consideraciones de la representabilidad, que es deconstruido, diría Barthes, por el trabajo del interpretante en su asociación libre. Los sueños soñados por Freud lo muestran a el mismo como interpretante, y ponen en evidencia el trabajo del sueño, pero no el efecto que el trabajo de los elementos particulares de un sueño tiene, por la intervención de un tercero, en relación al soñante. Podríamos decir, tomando a Peirce, que es la presencia del analista la que constituye el “ground” transferencial de la sesión, y que su función fundamental es sostener las asociaciones del analizante con la posibilidad de este de constituirse como interpretante. Esto me recuerda el dicho escuchado de que cuando un análisis funciona el paciente se analiza solo, y el analista solo ayuda.

Del síntoma al signo y del signo al síntoma.

Freud en sus comienzos encuentra en las discrepancias entre las parálisis motrices orgánicas e histéricas (T.I. pag.197), incongruentes para el saber médico, el signo de la causa psíquica del síntoma. Así ira afianzando en el análisis lo que hace signo de incongruencia como motor del análisis de los sueños y el decir de sus pacientes. Y la intervención del analista pasara a ser de la búsqueda de sentido a lo que se manifiesta como falto de sentido. El paso fundamental será el del ya no creo en mis histéricas. Ya no será cosa de darle valor directo a los recuerdos y fantasías, sino de encontrar los signos faltos de sentido, desconocidos por el paciente, de su saber no sabido. Y por esta vía avanzar hacia la disolución del síntoma.

Si el signo, dice Lacan, siguiendo a Peirce, es algo para alguien, será necesario ese alguien, “Otro”, para que el signo advenga a la dignidad del significante, y de esa forma representar un

sujeto para “otro” significante ante el cual me represento como tal. Hay en esta formulación una pequeña diferencia entre el “Otro” del código, del lenguaje, y el “otro”, mi semejante. Como se puede notar es necesario el “Otro” del lenguaje para que, ante mi semejante, el “otro”, me pueda representar, en el mensaje, como sujeto. Y es en este circuito, campo del lenguaje, donde Freud le dará a la palabra la función determinante en el proceso de la cura. Por supuesto, que sin conocerlo a Austin ni a Searles (Speech acts), ya intuye esa dimensión performática de la palabra por la cual ella se instituye en acto. Obvio es decir entonces que no hay gesto, que, como signo, no entre en este circuito de la palabra en el campo del lenguaje, dependiendo por supuesto del código del Otro para advenir a una significación. Y para el caso, si así fuera, el silencio de Freud, en el sueño canal, tuvo el efecto de provocar la libre asociación del soñante.

Como podemos notar en el sueño “canal”, lo impreciso de ese “elemento” lingüístico interroga en tanto insiste, en el sueño, en el campo de la repetición que preexiste al elemento canal. *¿O dudan Uds. que este chiste preexistía al sueño como lo inconsciente al elemento canal?*, se pregunta Freud, poniendo en evidencia esa doble dimensión del signo en tanto potencia que se repite en acto como representación. Y en tanto como dice Freud, el sueño es el sueño relatado, es lo que Freud escucha. O sea que en lo impreciso escucha la repetición, que es lo que en la paciente insiste cuando a la siguiente sesión lo retoma en sus asociaciones. O sea que la paciente que “sueña para su analista”, en la repetición convoca a la interpretación en tanto supone que el analista algo sabrá sobre su sueño más allá de su escepticismo. Y es que si se repite para no recordar (Recordar, repetir y reelaboración), también se repite para convocar lo reprimido, y por eso la transferencia, de resistencia pasa a ser motor del análisis (Puntualizaciones sobre el amor de transferencia). Por eso será que lo que hace signo de amor o de dependencia, si pensamos en alguna relación entre estos terminos, será el encuentro con lo más misterioso que lleva a Freud a poner término al análisis del Hombre de los Lobos en cuanto a lo que no puede dar cuenta, por lo que algo le hace signo como síntoma de la imposibilidad efectiva de una interpretación. Análisis terminable interminable da cuenta de esta dificultad y nos indica el camino para seguir pensando los obstáculos de una cura que fundamentalmente depende de la elaboración del analizante y no de las interpretaciones del analista, que ayudan, pero no definen el trabajo de la elaboración, que es del analizante.

¿Qué aporta el analista al proceso de la cura?

En primer lugar, su presencia, que se efectiviza, más allá de su cuerpo, en su intervención, que como toda presencia es no solo semántica sino también performática y sintáctica, según Charles Morris. Podríamos decir que es en su intervención efectiva que el cuerpo resuena en la afectividad de la palabra. Pero si el cuerpo resuena es por la sensibilidad de un órgano que es el auditivo, que por su vía aérea u ósea recoge lo específico de la resonancia. O sea, por cómo afecta en su resonancia fundamentalmente la palabra (de allí el uso del diván, como forma de jerarquizar esa resonancia limitando el campo de la mirada), en tanto efectiva para el trabajo del análisis y para el proceso de elaboración. ¿El análisis de quién?: del analizante, que en su posición de interpretante lleva adelante el trabajo de desciframiento. Y lo que aporta el analista es fundamentalmente la escucha al significante como el signo del sujeto en el contexto de la repetición en transferencia y, a partir de lo aportado por el analista, el analizante podrá tomarlo, o no, para llevar a cabo su función de interpretante, que realiza en la asociación libre.

Lacan dice que una interpretación psicoanalítica cumple la función de cita o de enigma (Lacan, seminario 17, p.38). Podríamos sintetizar al enigma como la formulación de una incógnita,

incluso en el sentido matemático, como una x . Como una pregunta o como una duda. ¿Qué me quiere decir? ¿Qué me dijo? ¿No será que? ¿Acaso no es cierto que? Serían las formulaciones más corrientes del mismo. En cuanto a la interpretación en su función de cita tendríamos que remitirnos a Peirce, que es quien lo introduce en semiótica como una de las funciones que toma el signo, como índice, junto al símbolo y el icono. La cita, en este sentido sería el índice de lo dicho. En este punto es útil destacar que, a diferencia de Saussure, Peirce no define el signo como la unidad mínima de significación. Cualquier cosa o fenómeno, sin importar su complejidad, puede considerarse como un signo desde el momento en que entra en un proceso de semiosis. Y esta es la base de su pragmatismo. "El índice no afirma nada; solamente dice "¡Allí!". Para Peirce es sólo algo que dirige la atención, pero sin contenido; siendo solo sensible, está desprovista de contenidos intelectuales. Aunque para el analista, que está orientado sobre la base del saber sobre el valor de la repetición y la incongruencia, ese signo, toma forma de síntoma en tanto "algo quieren decir". Y acá el asunto es: ¿para quién? Porque si algo quiere decir algo estamos ya en el campo de la significación, función del interpretante. Y si el analista toma al signo como índice, el analizante, dentro de sus posibilidades de interpretante le dará a ese signo el valor de significante, en el mejor de los casos, o de icono en el peor. De significante, en tanto se articula semióticamente, en el campo del sentido, en un relato que da cuenta de un fragmento de su vida, dentro del cual surgirán nuevos interrogantes. De icono en tanto encuentra en el signo la plasmación imaginaria de una vivencia totalizadora de su existencia.

El sueño del canal, al que nos hemos referido, pone de manifiesto, que incluso el silencio puede ser índice de algo. Freud, si bien toma en cuenta en el sueño su *naturaleza tendenciosa, al servicio de la resistencia*, para el caso, de esta paciente escéptica que parece poner a prueba la capacidad interpretativa de él, pareciera que en la sesión en que el sueño es relatado a la soñante no se le ocurre nada y Freud tampoco sabe que decir, espera. Y en la siguiente sesión la "solución" será aportada por la misma paciente. El silencio entonces podría ser índice de que efectivamente hay algo en el sueño, en la repetición del "elemento canal", lo que ella *no sabe...totalmente oscuro*, que requiere del trabajo del analizante, sobre todo si se trata, como parece ser el caso de la paciente, que esta afirmada en el campo de la transferencia, no solo por los indicios del analista que hacen signo por su sola presencia de "otro" significante, sino fundamentalmente por el trabajo asociativo de los elementos significantes, que en el campo del "Otro" lo constituyen como un Sujeto al que se le supone un saber que orienta la transferencia en la dirección de promover el campo de la asociación libre afirmada en el valor que toma "el chiste", no solo por lo que sirve a su interpretación, sino también por lo que afirma del sujeto supuesto saber en tanto el saber que encierra "el chiste", ese libro alabado de Freud que forma parte de los restos diurnos. Podríamos decir que en la transferencia el esteticismo se diluye en el trabajo analítico.

De la vía del levare a la vía del porre

Nos encontramos en este punto en una disyuntiva: ¿Que hacemos si al paciente no se le ocurre nada? ¿Esperamos? ¿Evidenciamos signos que sean índices? ¿Tomamos los signos por significantes y como interpretantes los desplegamos en un relato? ¿Hacemos de los signos iconos y les damos un sentido pleno?

Si recorremos los Historiales de Freud seguramente encontraremos diferentes formas de intervenciones que tienden fundamentalmente a afianzar la asociación libre y la capacidad elaborativa del analizante. De lo que se trata es de cómo no obstruir a la misma. Y si bien partimos de escuchar lo que alguien dice, en esa escucha podremos tener en cuenta o no, diferentes mecanismos de significación. Y no solo los de Pearce, ya que otros autores tomaran otros caminos. Lacan la diferencia entre significación y sentido, Liberman los tres niveles de la comunicación de Morris, Bion los que presenta en su tabla. Quizá lo más importante es mantener esa *x* como un problema del analista de la que solo podrá dar cuenta el paciente, sin dejarnos apurar ni apurarlo a resolverla. Sin embargo, un paso previo es poder situar a esa *x*, y no es lo mismo situarla en el campo del "otro" mi semejante, el otro del narcisismo, que en el del "Otro" simbólico, campo del lenguaje. Y esto será determinante, porque no es lo mismo hacer del psicoanálisis una experiencia de palabra que hacer de él una experiencia inefable. En Tratamiento psíquico tratamiento del alma ya Freud nos advertía sobre estas diferencias inherentes a la posibilidad de hacer del psicoanálisis una experiencia transmisible en la vía de un saber. Que se pueda organizar como una ley trascendental, para todos los que habitan ese campo del lenguaje, y no se reduzca a la inmanencia de alguno, que quiera dar cuenta de esa falla inherente, en tanto es la ley de la palabra no poder decirlo todo, salvo a medias. Como dice Wittgenstein "de lo que no se puede hablar mejor callar", sin embargo, Freud insistirá en hacer hablar a lo que se calla. En este punto el déficit es el querer dar cuenta de esta falla supliéndola simbólicamente antes de indicarla. La notación en Bion tiene ese sentido de orientar de la atención en el trabajo analítico.

Si la intervención analítica depende de lo que resuena en lo que se escucha, esto no quiere decir que la misma no arrastre una serie de asociaciones y de sentimientos en el analista, pero estos nada tienen que ver con el signo que forma parte del perceptum, como de cualquier cosa percibida que provenga de otro.

La intervención vía del levare, tomar al signo como índice de algo, de una incongruencia o de una falta en la expresión. Algo que alguien escucha para a ser resuelto como una incógnita. Y en este punto lo fundamental es quien es el interpretante. La vía del porre tomar el signo como símbolo de cuyo sentido se hace cargo el analista o como icono, y coloca al analista como el interpretante, anulando el trabajo de elaboración, o peor, orientándolo en función de sus puntos ciegos. Si hay un tiempo de la prisa es el tiempo de la significación. Todo decir precipita el apuro de entender, de darle sentido al dicho y la atención flotante es la posición del analista de la espera. De la espera de los signos que pongan en juego eso que falta, esa incongruencia en el decir, sin precipitar una significación.

Qué hacer ante lo que falta

En el sueño del canal es evidente que algo falta. Para la paciente falta claridad. Para Freud falta precisión, por lo que el supone que hay algo que se quiere sustraer a la interpretación. Así para ambos falta algo, aunque de manera distinta. Para uno lo que falta no se sabe dónde está, aunque sabe buscarlo en su rememoración, para el otro esta reprimido. ¿Pero qué es lo reprimido? ¿Es la represión de un sentido? ¿Es la represión de una huella mnémica? ¿Es la represión de una relación entre elementos significantes, como el elemento canal? A la paciente no se le ocurre nada, sin embargo, en la siguiente sesión ella encuentra una relación entre el sueño y un chiste. Y podríamos suponer que lo que estaba reprimido era esa relación, ya que de la palabra canal era plenamente consciente. Lo que no sabía era que podía tener que ver esa palabra en su sueño y en que se podía ver ella representada. Lo que me parece claro es que ella se ve representada, no como una escéptica, sino como la que puede servirse

de un chiste para encontrar la respuesta a una falta de significación. Y la solución es el encuentro de una nueva significación, que, si damos valor a la economía del chiste, es un ahorro de esfuerzo de represión y una ganancia de placer. Fugaz, pero efectiva por su efecto de verdad. Ahora podríamos avanzar un poco más en el análisis del sueño, pudiendo decir que su escepticismo, ridículo, se encontraba a un paso de lo sublime, encontrando en el trabajo psicoanalítico la posibilidad de ser sublimado.

En este punto al que estamos arribando, nos van quedando algunos interrogantes, ya que no en todos los pacientes se dará el desarrollo de esta presentación de Freud. La consulta psicoanalítica abarca un amplio espectro de problemáticas y diferentes situaciones clínicas. Sin embargo, el instrumento psicoanalítico es una panoplia de recursos orientados en una misma dirección: la elaboración psicoanalítica, que implica, en la orientación que nos brinda Pearce, las posibilidades interpretantes del analizando. Y cada analizando encuentra en el analista a aquel que puede, escuchar el decir del paciente, implicándolo en los signos de su relato, para que él se comprometa con sus dichos. (La responsabilidad moral por el contenido de los sueños. EA, XIX, p.133)

Si el índice es algo que indica el signo de una falta, es porque no es señal de angustia. Es algo que el paciente puede haber dicho sin reconocerlo ni angustiarse, incluso cuando alguien se lo indica tenerlo en cuenta, o desentenderse del mismo. Esto resulta interesante, pues nos da cuenta de situaciones en las que el desinterés, el desentendimiento, la apatía o la desestimación pueden estar en el lugar de lo que podría como signo, anticiparse a la señal de angustia.

Si volvemos a Pearce, debemos considerar que todo signo, sea índice, icono o símbolo, se constituye en la relación del interpretante con el representamen y el objeto. Este último dependiendo de cómo es conformado por el representamen, en tanto signo que se forma a partir del signo presente que actualiza una potencia. Esta formulación me remite a lo que Freud llama "imagen mnémica preexistente", que toma existencia en relación a la experiencia de la angustia. Si bien Freud dice que la angustia es sin objeto, no lo es sin esa imagen mnémica preexistente, que en el momento de la angustia se hace efectiva como puro afecto sin objeto que la represente (histeria de angustia, hoy ataque de pánico). Pearce nos dice que será el interpretante quien, de valor al signo, en tanto pone en relación al representamen con el objeto. Por lo tanto, será fundamental el "ground" en que se constituye el interpretante, dependiendo de este la relación entre el signo y el objeto. Pearce no se detiene especialmente en ver como este triángulo semiótico se instituye en una conversación de la que forman parte por lo menos dos interpretantes, como diría Montaigne, el que escucha y el que habla. Y esto es lo que le preocupa al analista, ya que todo lo que diga el paciente afectara al analista y viceversa. Entonces lo determinante en este "ground", o contexto en el que participan analista y analizando, que nos convoca a pensar que, en los "Mundos superpuestos" (J. Puget y L. Wender, 1982), quien es el interpretante del diálogo, ya que este será el que de sentido al mismo. De lo que se trata entonces es de que el objeto que constituye al diálogo es el objeto puesto en juego por el paciente y al que el analista debe responder. Y no con el sentido que para el analista puede tener, sino con el sentido que el analizando le puede dar.

A forma de colofón. Sobre el déficit y la falla.

El auto fallaba, andaba y de golpe dejaba de andar. El problema era que solo andaba con nafta premium, no toleraba otros tipos de nafta. La falla del auto era en relación a que no andaba

con cualquier nafta, pero esto era por la estructura propia del auto. Uno podía forzarlo por un tiempo a andar con otras naftas, pero al final fallaba. Fallaba porque estaba afectado por una falta que hacía a la estructura de funcionamiento, que era de la nafta que le correspondía. El déficit estaba en no considerar lo necesario para el buen funcionamiento del auto. El déficit en psicoanálisis está en no considerar lo necesario para el desarrollo del sujeto. Quizá como diría Winnicott, si hay una “inadecuada adaptación a la necesidad”, es por un déficit del medio asistente. ¿Pero qué es lo necesario? Mucho habría para hablar de las necesidades de amor y de cuidados, pero si la vida es creación, con eso no alcanza. “Navegar es preciso, vivir no es preciso; vivir no es necesario, lo que es necesario es crear; pese que para ser yo tengo que ser mi cuerpo y mi alma la leña de ese fuego; solo quiero tornarla de toda la humanidad, pese a que para eso tengo que perderla como mía” Fernando Pessoa. Y eso es la lengua. Lo necesario es hablar, asumir el desarrollo de los significantes como una producción del analizante. Como dice Moustapha Safouan: “La palabra o la muerte” (2005). La palabra como creación de uno que me conduce en el mundo con los otros. Y a no ser que pensemos que hay sujetos destinados a solo ser creados por otros, no podremos resignar esa tarea de ayudar a que cada uno cree su propia vida. O como dice Mariana Travacio, escritora (Tiempo Argentino, 6/3/2022) “hay que doblar al lenguaje para hacerlo decir aquello que sabemos que no va a poder decir del todo”, y que lo diga, como pueda, no por repetir lo que le digan.

Fin del trabajo

Nota. En el texto figuran las referencias bibliográficas, en relación a Freud se indica la obra y/o tomo y pagina en Obras Completas Edición Amorrortu
